

Mar del Plata: El ALCA no pasó Una victoria de la Cumbre de los Pueblos

Héctor de la Cueva*

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

** Integrante del Consejo Ejecutivo de la Red Mexicana de Acción frente al Libre Comercio (RMALC) y de la Coordinación operativa de la Alianza Social Continental (ASC). Participa por dicha red del Consejo Hemisférico (Americano) del FSM*

No todas las noticias son siempre malas para el movimiento popular. Tal es el caso de los acontecimientos alrededor de la IV Cumbre de las Américas que tuvo lugar en Mar del Plata, Argentina, a principios de noviembre de 2005. Allí la III Cumbre de los Pueblos de América conquistó una victoria muy importante. De hecho, Mar del Plata ha entrado ya a la lista de los hitos del movimiento global de resistencia junto con Seattle, Génova, Cancún¹. El presidente Bush y sus aliados –destacadamente el presidente Fox, de México– debieron irse de Argentina con las manos vacías. En especial, su intención de revivir el cadáver del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) fue derrotada ampliamente, en una combinación de la acción de los pueblos y la resistencia de algunos gobiernos latinoamericanos –encabezados por Venezuela– a ceder a los deseos de Washington y a los chantajes y presiones de otros gobiernos de la región subordinados a Estados Unidos. Es, sobre todo, una victoria de la Campaña Continental contra el ALCA, sostenida largamente y que había dado ya sus frutos en 2005.

Nafragio en Mar del Plata

La historia de la cumbre oficial en Mar del Plata es la de un naufragio. Agendada desde Québec (2001, III Cumbre) para ser realizada en otro escenario argentino, la IV Cumbre de las Américas debió ser pospuesta una y otra vez. Las condiciones hemisféricas y nacionales previstas no se cumplían; los vientos soplaron en sentido contrario a la dirección esperada por los promotores del ALCA.

La crisis económica que estalló en Argentina en 2001, la respuesta social que le siguió, y los cambios políticos que se sucedieron desde entonces, habían situado a este país como un escenario poco confiable, desde la óptica estadounidense, para la realización de la cumbre. A ello se fueron sumando los cambios políticos en Sudamérica, con la llegada de Lula al gobierno en Brasil, la consolidación del gobierno de Chávez en Venezuela, la inestabilidad política en Ecuador y Bolivia, la llegada de Tabaré Vázquez al gobierno de Uruguay. El Sur caminaba –y camina, ahora también con el triunfo electoral de Evo Morales en Bolivia– en dirección opuesta a los deseos de Washington.

A la par, las negociaciones del ALCA se fueron complicando. A pesar de haber “avanzado” en la instalación de una oficina del ALCA en la ciudad de Puebla, México, para garantizar la continuidad de las negociaciones, las contradicciones entre el Sur y el Norte se fueron imponiendo. Así se llegó a la cumbre ministerial de Miami de fines de 2003. Para sacar del estancamiento al proceso, se llegó allí al acuerdo de un ALCA *light* o “a la carta”; es decir, la firma de un acuerdo general y básico de primer piso, y un segundo piso a ser negociado entre cada país para incluir temas que no tenían consenso general. Lo importante era imponer a como diera lugar el ALCA como marco hemisférico de integración subordinada a Estados Unidos. Por supuesto, a pesar de los “dos pisos”, el mismo podía incluir potencialmente todos los temas controvertidos que lo hacen no un simple acuerdo de intercambio comercial, sino una verdadera constitución económica supranacional hemisférica. Como alguien dijo en esa oportunidad: con el ALCA *light* el tren saldría vacío, pero con todos los vagones disponibles para ser llenados en el camino.

Aún así, las negociaciones continuaron estancadas. La estrategia de Estados Unidos y sus aliados se concentró entonces en el impulso de tratados bilaterales o subregionales, concretamente para Centroamérica y República Dominicana, y el de la región andina. Por otra parte, los objetivos de avanzar en el “libre comercio” giraron hacia las negociaciones de la Organización Mundial del Comercio (OMC), en donde sin embargo también se enfrentan dificultades.

El hecho es que América había amanecido sin ALCA en enero de 2005, el plazo fatal que se había fijado para su advenimiento. En este marco, de manera un tanto sorpresi-



© Martín Fernández

va, se anunció la intención de celebrar finalmente la IV Cumbre de las Américas en Argentina. Aunque normalmente estas cumbres, organizadas por la Organización de Estados Americanos (OEA), han estado cargadas de demagogia y supuestas buenas intenciones, disfrazando los objetivos reales de impulso al ALCA y la agenda corporativa de Estados Unidos, esta vez la historia del borrador de la declaración final parecía ser desde el principio un tanto diferente.

El eje escogido para la cumbre fue el del empleo, se entiende que bajo la influencia específica del gobierno anfitrión, de Néstor Kirchner. Con lenguaje tomado de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la declaración se planteaba como objetivo central la promoción del “empleo decente” y hacía un diagnóstico más o menos aproximado a la realidad; pero como siempre, a la hora de concluir no iba al fondo del problema ni cuestionaba el modelo económico que crea todos los días desempleo y empleo precario, y desde luego no ofrecía soluciones distintas a la continuación de las políticas que han hecho cada vez más miserable e injusto a nuestro continente, donde existe la peor distribución de la riqueza en el mundo.

Por otra parte, al plantear la necesidad del desarrollo para cumplir las metas sociales que se propone, la declaración insistía en la vía del “libre comercio”, como si no existiesen suficientes pruebas de que el mal llamado libre comercio sólo puede profundizar las

desigualdades y provocar desastres sociales. Ahí es donde se señalaba en la declaración —aquí sí de manera concreta— la necesidad de avanzar en la Ronda de Doha, que busca otorgar más poderes a la OMC para imponer reglas económicas inequitativas a los países menos desarrollados (hay que señalarlo, esta parte no fue alterada en el texto de la declaración). Y ahí es donde se colaba también de nueva cuenta el ALCA, entre los corchetes que marcaban la diferencia basada en si se le dejaba como una referencia general o se le ponían plazos concretos para 2006.

En esta mención, que apenas ocupaba unos renglones dentro de las numerosas páginas de la referida declaración, habría de concentrarse el conflicto en la cumbre oficial. Esto fue así porque, tolerando las parrafadas de buenas intenciones, Estados Unidos aceptó la cumbre en Argentina sólo desde la perspectiva —y el mal cálculo— de utilizarla para incidir en el escenario político latinoamericano y relanzar su agenda hemisférica, en la que el ALCA sigue teniendo un lugar preponderante. Pero ello no era el único objetivo de Estados Unidos en la cumbre. Bajo el discurso de la democracia, Washington esperaba también ganar terreno para aislar al gobierno de Chávez. Falló: este último salió fortalecido a pesar del enfrentamiento que se habría de cultivar con el gobierno mexicano, lo que ciertamente plantea un problema muy delicado para Venezuela.

Estaba además entre los objetivos estadounidenses el promover la nueva dimensión de la “integración”, que incluye planos que van más allá de los impuestos en los tratados de libre comercio. Efectivamente, ahora Estados Unidos está lanzando la “segunda generación” de acuerdos de “integración” subordinada a sus intereses. No es otra cosa el Acuerdo para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte (ASPAN). No obstante, las evidencias incontestables de las desastrosas consecuencias de más de diez años de TLCAN, ahora este TLC plus pretende avanzar en una mayor integración subordinada de México y Canadá a Estados Unidos, especialmente en el “merca-

“Estaba además entre los objetivos estadounidenses el promover la nueva dimensión de la ‘integración’, que incluye planos que van más allá de los impuestos en los tratados de libre comercio. Efectivamente, ahora Estados Unidos está lanzando la ‘segunda generación’ de acuerdos de ‘integración’ subordinada a sus intereses. No es otra cosa el Acuerdo para la Seguridad y la Prosperidad de América del Norte”

do energético” y, sobre todo, en el terreno de la “seguridad” (de Estados Unidos), el control migratorio y la militarización. Así como el TLCAN fue el primer paso hacia el ALCA, las nuevas metas estadounidenses para el continente están dibujadas en el ASPAN y sin duda Washington buscará avanzar en ellas por todas las vías, con el agravante de que este nuevo modelo de acuerdos no requiere ni siquiera simular –como los TLCs– la aprobación de los Congresos.

Así que, entre otras cosas, en Mar del Plata estaba en juego si América Latina iba a terminar cediendo a las pretensiones norteamericanas de elevar su política de seguridad a compromiso continental con el pretexto del combate al terrorismo. Aunque el tema no fue refutado o siquiera debatido, y quedó incluido en la declaración –lo que no debe ser subestimado– Estados Unidos no consiguió tampoco avanzar en este terreno y convertirlo en un eje de compromisos concretos a nivel hemisférico.

Pero todos estos temas, a pesar de su relevancia, pasaron a un segundo plano en medio de la disputa por el ALCA. ¿Cortina de humo? No, porque es real que Estados Unidos nunca ha renunciado a contar con un marco estratégico continental dentro del cual acomodar las piezas del rompecabezas de su afirmación hegemónica dentro de la competencia global. Mucho más cuando, frente a los cambios políticos que se acumulan en el Sur, está claro que los tratados de libre comercio son un candado para que, llegue quien llegue al poder, continúe la misma política económica subordinada, como lo ha reiterado el Secretario del Tesoro de Estados Unidos.

No obstante el hecho de que se le quiso hacer pasar como cosa menor en el texto, y a pesar de que frente a la derrota un funcionario norteamericano pretendió endosar la jugada exclusivamente a su socio menor –México–, la clara intención del bloque encabezado por Estados Unidos era volver a poner plazos concretos a las negociaciones del ALCA. En lo concreto y aun en lo simbólico, la recolocación de este acuerdo hubiese significado un triunfo para los objetivos de Estados Unidos. Más allá del mismo, en la disputa estaba en juego también una prueba de la relación de fuerzas entre las partes. Y si bien nunca se enfrentó de lleno al proyecto del ALCA como tal, la resistencia de los países del MERCOSUR –unos más tibios que otros– encabezados por Venezuela, a volver a definir plazos frustró la intentona del imperio del Norte y sus vergonzosos aliados. La actitud del presidente argentino, retadora al menos en el discurso de la política imperial y a despecho de la presencia incómoda de Bush, terminó de aderezar la humillación que sufrió el bloque norteamericano. La vergonzosa actitud del presidente Lula, al recibir a Bush pocos días después con la promesa de que el ALCA todavía podía seguir vivo, no cambia el escenario que se dibujó en Mar del Plata, en el que este quedó a la deriva, además de que en los hechos significó el fortalecimiento del MERCOSUR integrando ahora a Venezuela.

Este bloque de países sudamericanos –con todos sus matices– tiene su correlato en un bloque más amplio que se ha formado en el marco de la OMC (Grupo de los 20). Tímida y muchas veces inconsecuentemente –o en casos como el de México, sospechosamente– estos bloques al menos están reviviendo la posibilidad de que no se cumplan ciegamente los dictados del imperio, si bien su resistencia es todavía muy parcial y pragmática. El ir más lejos depende enteramente de los pueblos.

Lo que estaba en juego en la cumbre oficial de Mar del Plata era si Estados Unidos conseguiría avanzar en imponer el “paquete” de más “libre comercio”, mayor apertura de sectores y recursos vitales, control migratorio, “seguridad” subordinada a sus intereses y mayor militarización bajo su mando. Esa jugada no prosperó como estaba planeada. La IV Cumbre de las Américas terminó naufragando en Mar del Plata. En una imagen de un patetismo casi no visto hasta ahora, George Bush salió de Argentina con las manos vacías y “la cola entre las patas” antes de que finalizara siquiera la cumbre oficial y en medio del festejo de la otra cumbre, la de los Pueblos, que representaba y resumía la lucha que había hecho posible semejante humillación para el imperio.

La Cumbre de los Pueblos: historia de una victoria

Para un lector superficial, el mérito y la explicación de lo que sucede en las cumbres oficiales quedan reducidos a los entretelones gubernamentales, con la sociedad como espectadora o cuando mucho como “acompañante crítica”. Pero en este caso ha sucedido exactamente lo contrario. Las contradicciones tímidas o abiertas que se produjeron en la cumbre gubernamental de Mar del Plata, especialmente en torno al ALCA, no se explican sin el proceso de resistencia popular que durante años se desarrolló a escala continental, y su capacidad de construir y señalar caminos alternativos. Mucho más cuando, quizás como nunca antes, la cumbre oficial estuvo marcada y enmarcada por lo que sucedía afuera, en la cumbre social alternativa que se realizaba simultáneamente en el mismo lugar, donde se produjo una inédita y abierta interacción entre protagonistas de ambas cumbres en torno a intereses comunes, así fueran puntuales. Un tema para la reflexión y el debate.

El hecho es que, al menos esta vez, no fue la cumbre alternativa la que husmeó en los espacios oficiales para buscar apoyo; sino que, en todo caso, los gobiernos que pretendían resistir a la presión norteamericana fueron los que buscaron apoyarse en la movilización social. Para los “teóricos” de la “incidencia” dentro de los pasillos y los estrechos intersticios gubernamentales como la vía privilegiada para “influir”, Mar del Plata ha dejado una lección sobre cómo se puede incidir realmente en los procesos confiando en la organización social y sin sacrificar su autonomía. Porque, sin abusar de las interpretacio-



© Sébastien Grenier

nes, la de Mar del Plata fue una victoria en toda la línea, antes que para algún gobierno, para la III Cumbre de los Pueblos reunida ahí y para el proceso popular que la antecedió.

En realidad, en Mar del Plata lo que se hizo fue levantar la cosecha. La siembra comenzó en 1997, cuando un foro de organizaciones sindicales, campesinas, indígenas, ambientalistas, no gubernamentales, etc., de diversos países, ideologías y culturas, se reunió de manera inédita en Belo Horizonte, Brasil, para acordar una estrategia capaz de enfrentar la amenaza del ALCA. Ahí se pactó la construcción de una alianza social continental lo suficientemente amplia y diversa como para crear un contrapeso social al proceso de integración subordinada desatado por Estados Unidos. La Primera Cumbre de los Pueblos realizada en 1998 en Santiago de Chile no alcanzó un impacto significativo en el proceso y la cumbre oficial, pero sentó las bases de esa Alianza Social Continental y de la lucha hemisférica contra el ALCA.

En 2001, en Québec, la Segunda Cumbre de los Pueblos fue cualitativa y cuantitativamente más representativa de los movimientos y los países del continente, confrontó significativamente a la cumbre oficial, y consiguió un alto nivel de movilización e impacto público. En ese entonces, a excepción ya de Venezuela, el panorama de los gobiernos del continente era todavía de casi unánime aceptación del credo neoliberal y de sumisión a Estados Unidos, y la III Cumbre de las Américas mantuvo la ruta del ALCA, aunque

los gobiernos se vieron obligados a transparentar un poco más las negociaciones que hasta entonces mantenían en secreto y a simular supuestos mecanismos de consulta a la sociedad civil. La Alianza Social Continental nunca se prestó a hacerles el juego, porque de hacerlo habría estado recogiendo cuando mucho algunas migajas del poder —como lo hacen todavía algunos “representantes de la sociedad civil” que se conforman con unas palmadas en la espalda.

Pero en Québec se fue más lejos; ahí se lanzaron la Campaña y la Consulta Popular continentales contra el ALCA, que efectivamente permitieron extender y popularizar aún más el movimiento, y pasar a un nivel superior de acción coordinada de las fuerzas sociales. En el camino se sumaría por fin Cuba, con toda su influencia y autoridad moral, ofreciendo los Encuentros Hemisféricos contra el ALCA (2002-2005) como escenario ideal para la consolidación del movimiento.

A la par de la organización de la resistencia y la lucha populares, no dejó de buscarse la construcción de alternativas desde la sociedad, como las plasmadas en el documento “Alternativas para las Américas”. Venezuela no sólo habría de sumar fuerzas sociales a la lucha contra el ALCA, sino que, inspirándose en esas alternativas, lanzaría la idea del ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas) y comenzaría a empujar en la práctica un proceso alternativo de integración con iniciativas tan importantes como Petrocaribe y Petrosur.

El movimiento popular latinoamericano, y la Campaña Continental contra el ALCA como parte de él, habrían de reflejarse con mayor o menor fidelidad en el cambio del escenario político y en la correlación de fuerzas del continente, como ya hemos señalado. Así se llegaría al estancamiento del ALCA y a que el 1º de enero de 2005 el mismo no entrara en vigor como estaba previsto (como tampoco lo hicieron las nuevas reglas de la OMC). Esta fue la primera victoria popular contra el ALCA en 2005.

“Venezuela no sólo habría de sumar fuerzas sociales a la lucha contra el ALCA, sino que, inspirándose en esas alternativas, lanzaría la idea del ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas) y comenzaría a empujar en la práctica un proceso alternativo de integración con iniciativas tan importantes como Petrocaribe y Petrosur”

Las fuerzas populares no lo dieron sin embargo por enterrado de manera definitiva, sabiendo que Estados Unidos no se resignaría tan sencillamente. Por eso, cuando se anunció la realización de la IV Cumbre de las Américas en Argentina, y a pesar de que el ALCA no parecía ser el tema central, se convocó a la III Cumbre de los Pueblos bajo la consideración de que seguramente habría que enfrentar de nuevo el intento de revivir dicho acuerdo, además de la nueva agenda militarista norteamericana. No nos equivocábamos. Además, la Cumbre de los Pueblos no estaba diseñada sólo para reaccionar ante este eventual escenario, sino que partía de una agenda más amplia sobre los distintos contextos del libre comercio, la militarización, la deuda y la propia agenda de los movimientos sociales.

Venciendo toda clase de limitaciones y obstáculos organizativos, la III Cumbre de los Pueblos fue un éxito en sí misma, en la diversidad de foros y eventos que reunieron a los distintos actores sociales de las Américas y que permitieron avanzar en las definiciones estratégicas de los movimientos. La campaña de satanización que precedió a la cumbre intentando aislarla de la población no tuvo éxito y, por el contrario, se alcanzó una importante repercusión pública. Además del enorme esfuerzo hecho por las organizaciones argentinas promotoras de la cumbre, al margen de las diferencias internas, la Cumbre de los Pueblos contó con un pueblo anfitrión como el argentino, que conserva un extendido sentimiento antiimperialista y, más concretamente, antiyanqui. Este espíritu y la irritante presencia de George Bush contribuyeron a la amplia participación popular en las actividades y acciones de la cumbre.

El momento culminante lo constituyeron sin duda, el 4 de noviembre, la movilización de más de 40 mil personas por las calles de Mar del Plata, además de las que se movilizaron a escala nacional en distintas ciudades argentinas, y el acto que las reuniría en un estadio con el presidente venezolano Hugo Chávez. Además de la presencia de las delegaciones sociales internacionales y de personalidades de la Cumbre de los Pueblos, como por ejemplo el Premio Nóbel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, la movilización y el acto cobraron aún mayor atractivo con la presencia de invitados especiales como Evo Morales y el futbolista Diego Armando Maradona, a invitación expresa del Comandante Fidel Castro. Haciendo a un lado cualquier prejuicio, en un país como Argentina la presencia de Maradona amplificó formidablemente el impacto social del evento, además de que la estrella de fútbol mantuvo una tajante posición antiimperialista.

El acto fue precedido por la participación de Silvio Rodríguez —que encabezaba a los artistas que formaban parte de los más de 200 cubanos asistentes a la Cumbre de los Pueblos y que dejaban claro el compromiso de Cuba— y por el legendario músico Daniel Viglietti. Desde luego, el plato fuerte era el propio Hugo Chávez. Desde la perspectiva de la Cumbre de los Pueblos, se trataba de un diálogo con el único presidente que se atre-



© Martín Fernández

vía a salir de la cumbre oficial para escuchar y encontrarse con los movimientos sociales y, sobre todo, que estaba encabezando la resistencia a las presiones del imperio dentro de la cumbre presidencial, en coincidencia con el reclamo de la Cumbre de los Pueblos de no dejar pasar al ALCA. Por ello es que, antes del discurso de Chávez, la única otra oradora en el acto fue Blanca Chancoso, dirigente de la Confederación de Organizaciones Indígenas del Ecuador (CONAIE), para dar a conocer la Declaración Final de la III Cumbre de los Pueblos. En su discurso, Chávez habría de reafirmar su compromiso con la causa de la soberanía de los pueblos frente al imperio.

En pocas palabras, un hecho político significativo. Pero su realización no fue un camino de rosas. Al operar sobre el escenario social fuera de la cumbre oficial, el interés de gobiernos como el de Cuba, Argentina y Venezuela creó tensiones considerables. Cuando personajes políticos argentinos ajenos a la Cumbre de los Pueblos y actuando al margen de esta pretendieron montarse en ella, intervenir en la construcción de la acción e imponerle tiempos y formas, se puso en grave riesgo el resultado buscado por todos. Actuando con flexibilidad en función del cumplimiento de los objetivos planteados, la Cumbre de los Pueblos y las contrapartes de alto nivel "del otro lado" lograron salvar la situación con los resultados conocidos. Todavía en la manifestación, los personajes polí-

ticos locales hicieron de las suyas al violar los acuerdos y querer imponerse a la cabeza, pero la cordura y firmeza de las delegaciones internacionales se impuso, y la cosa no pasó a mayores.

Sin embargo, la situación evidenció un tema y un reto de fondo para la reflexión estratégica: la delicada y complicada relación entre los gobiernos, las fuerzas políticas y los movimientos sociales. En la medida en que avanzan en el Sur gobiernos que se reclaman del campo popular, con los que se puede llegar a tener coincidencias puntuales o más amplias, ¿cómo actuar sin desdeñar tales coincidencias y la posibilidad de interlocución e incluso interacción, sin permitir que se pase por encima de los movimientos sociales, se falte el respeto a su organización y formas de acción, o se vulnere su indispensable autonomía y sus objetivos de largo plazo? Lo cierto es que, en este caso y al final de cuentas, el resultado que se alcanzó con la acción concertada de los más diversos protagonistas en Mar del Plata fue un éxito rotundo contra los planes del imperio y sus aliados.

De Mar del Plata a Caracas

Con este triunfo en su haber, el movimiento social tiene su próxima cita en el Foro Social Mundial que se realizará nada menos que en Caracas, en contacto directo con el proceso bolivariano, a fines de enero de 2006. En el ínterin, otras buenas noticias se han ido acumulando: la OMC no obtuvo los resultados esperados en Hong Kong, y Evo Morales fue electo presidente en Bolivia. El movimiento puede llegar a Caracas cargado de optimismo, pero sobre todo de nuevos retos. El FSM será una excelente oportunidad para la reflexión y el rearme estratégico del movimiento social. Indispensable porque, como dice el zapatismo mexicano en la voz del Subcomandante Marcos, todavía falta lo que falta.

Nota

1 N. del D.: Refiere a la llamada "batalla de Seattle" que frustró la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) bautizada como la Ronda del Milenio y reunida en dicha ciudad estadounidense en 1999; a las movilizaciones contra la reunión del G-8 (Grupo de los 8) que tuvieron lugar en Génova (Italia) en 2001, donde las masivas protestas sufrieron una violenta represión y persecución que cobró la vida del joven activista italiano Carlo Giuliani, y a lo acontecido en Cancún (México) ante la también frustrada reunión de la OMC en 2003.